



Buenas prácticas
para superar el conflicto

El corazón valiente de los paezes

Adriana Espinel Rubio
Enviada especial de EL TIEMPO
Santander de Quilichao (Cauca)

Para empuñar un bastón de madera contra un fusil de combate hay que tener un corazón transparente y el espíritu de un guerrero. Esas son dos de las virtudes que Alfredo Acosta, el hombre de mayor poder dentro de la guardia indígena del Cauca, ve en los integrantes de esta organización de 15.000 hombres y mujeres, que se convirtieron en un símbolo visible de la resistencia pacífica en el país. Armados solo con sus bastones, esta fuerza de padres, hermanos, tíos y abuelos ha puesto a raya a la guerrilla y a los paramilitares, y ha dejado pensando al país en la efectividad de la neutralidad para frenar las balas.

Alfredo, un paez esbelto de 31 años, es como el general de esta familia de guardias desde el 2001. Sin embargo, el cargo de este hombre, que posee facciones gruesas y gestos temerarios heredados de sus ancestros, simplemente lleva el nombre de coordinador.

Su rango significa respeto y sus palabras son una muestra de sus 16 años de experiencia acumulada como guardián de su territorio y su cultura.

Para Alfredo, el corazón abierto y valiente de cada guardia es su habilidad más importante y debe servir, por lo menos, "para gritar cuando se necesite defender la vida".

Lo demás, la formación política, basada en el principio de la neutralidad frente a la guerra, y el adiestramiento físico que les permite caminar con facilidad montañas, llanuras y selvas, viene por añadidura, dice.

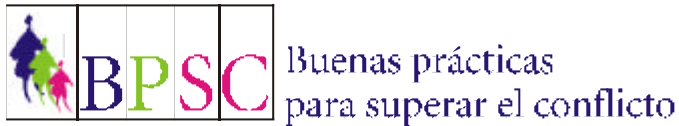
El legado

Alfredo asumió el mando después de que Manuel Avirama, un indígena anciano, se cansó de vigilar 11 congresos del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC) y de entrenar con mano de hierro a sus pupilos.

Desde entonces, Alfredo se dedica a explicar que hay que acariciar al otro porque es la única manera de cambiar una actitud violenta, pero también enseña a despertar el espíritu guerrero, el mismo que llevó a su padre a vincularse a las recuperaciones de tierras en Caloto, en el norte del Cauca. A su papá lo desaparecieron en 1971. Nunca se supo nada más de él.

El coordinador de la guardia supone que la fuerza por defender sus derechos le vibra en la sangre porque su madre se la transmitió desde que era un bebé, ya que ella recuperó tierras mientras lo cargaba en la espalda.

A los 15 años, Alfredo ingresó a la guardia por petición de sus vecinos del resguardo de Huellas, en Caloto, y desde entonces se ha dedicado a guiar a su gente.



Los guardas que están bajo su mando, fueron elegidos a dedo dentro de sus comunidades por considerarlos aptos para estos oficios.

La guardia, que al principio se llamó guardia cívica y cuya única función era vigilar mientras se efectuaban las invasiones de tierra y avisar cuando se acercaba Fuerza Pública, se transformó en una organización político-militar, pero sin más armas que voluntad y un bastón adornado con cintas verdes y rojas, que representan la bandera del CRIC.

Actualmente, hay 45 guardias líderes zonales en el norte del Cauca quienes son los encargados de diseñar estrategias y repartir instrucción a los más jóvenes. Ellos reciben capacitación sobre neutralidad política, sobre historia indígena y aprenden técnicas de rescate y primeros auxilios.

Rescates y marchas

Hay diez guardias por cada vereda que conforma el resguardo y fueron precisamente 400 de ellos los que lograron el 6 de septiembre pasado la liberación de Arquímedes Vitonás, el alcalde de Toribío, quien había caído en manos de las FARC en el municipio de San Vicente del Caguán (Caquetá) cuando visitaba a una comunidad paez en esa zona.

Viajaron en bus hacia ese departamento, ingresaron a pie a la selva, hablaron con la guerrilla y regresaron a Toribío en medio de una caravana triunfal.

Fueron, además, los encargados de la seguridad en la multitudinaria marcha entre Santander de Quilichao y Cali, también en septiembre pasado. Las autoridades civiles y militares dijeron que la manifestación iba a terminar en un taponamiento de la Panamericana, pero se convirtió en un ejemplo de organización de más de 60.000 personas.

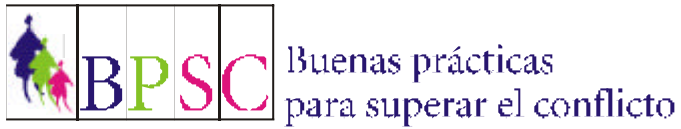
También acompañaron hace tres meses en Bogotá a su líder Alcibiades Escué, gerente de la ARS indígena, que fue sindicado de desviar recursos a grupos al margen de la ley, y se mantuvieron en la capital del país hasta que la Fiscalía ordenó su liberación.

En el 2003, la guardia rescató a un sacerdote suizo que fue secuestrado por las FARC en Caldoño. Y en julio del 2001 evitaron que las mismas FARC quemaran la sede de la alcaldía y del Proyecto Indígena Nasa, en Toribío. Es más, lograron que el grupo guerrillero no fusilara a 18 policías que defendieron el pueblo.

El reconocimiento

En realidad, pocos dudan de la efectividad de la guardia. Esta semana un grupo de funcionarios de la Fiscalía que hacen pesquisas en las selvas del Naya, donde los paramilitares masacraron a indígenas y campesinos en la Semana Santa del 2001, prefirieron viajar a la zona acompañados de 80 guardias indígenas que contar con la escolta de una compañía militar.

La guardia también ha generado encrucijadas a la política de seguridad democrática del Gobierno. Ellos la han pedido al presidente Álvaro Uribe que deje la seguridad de su gente en sus manos y no en las del Ejército o la Policía, pues explican que también realizan capturas de aquellos que violan la ley dentro de su territorio.



Esta decidida lucha contra la violencia y la autonomía de sus pueblos fue lo que llevó a que la guardia indígena sea galardonada este lunes con el Premio Nacional de Paz.

"Lo más importante es que le quitamos a la guerra 15 mil hombres y mujeres que de no ser por la guardia indígena en este momento estarían vinculados a alguno de los actores del conflicto", dice Alfredo con ese tono bajo de voz que elimina cualquier prejuicio sobre su apariencia física.

Desde La Gaitana, pasando por Juan Tama y hasta Quintín Lame, los paeces han tenido su guardia, pero esta es quizás su época más gloriosa. "Quiero decirles que tenemos que unirnos por una gran guardia latinoamericana que vuelva a despertar el espíritu que está dormido -exclama-. Siempre hay una salida que se llama la vida. Es lo único por lo que hay que luchar".